

Literatos Cristianos: Las fibras del amor

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

No. 26, 1998, Oct, pp. 117-119

Vera humanitas. Revista de la Dirección de Humanidades

ISSN

DOI

ISSN

Handle
repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

ENLACES

repositorio.lasalle.mx/handle/lasalle

ORCID:

Licencia de Atribución Creative Commons 4.0

CC BY 4.0



Este documento se puede descargar y compartir con otras personas, siempre que se reconozca su autoría.

Literatos Cristianos

Jean Guitton

Las fibras del amor

A diferencia de la amistad, el amor alcanza lo más vivo de nuestro ser, nuestra propia carne. Sobre todo, a diferencia de la amistad que no puede reparar ni asumir heridas, vemos que en el amor (fuera de los casos de celos), las heridas son suaves. Hay en el amor una mezcla de amargura y de dulzura que hacía decir al autor de la *"Imitación"*: *Sine dolore, non vivitur in amore*. Un legítimo egoísmo se alimenta de los sufrimientos, de suerte que el enamorado, como todo inventor, pobre y saciado al mismo tiempo, se satisface incluso de las penas. Nos hallamos ante un amor a sí mismo de un género único: consiste en amarse en tanto que se da, con una entrega que, a través del tiempo, puede y debe purificarse y que siempre se purifica de algún modo, gracias a las tareas que el amor impone y a los trabajos que obliga a realizar. El doctor Allendy divide la historia del amor en tres fases: la fase digestiva, la fase recíproca y la fase oblativa. Como todas las divisiones ternarias aplicadas a un desarrollo tem-

poral, no es falsa, pero tampoco hay que llevarlas demasiado; ¿cómo sería posible pasar de una fase a otra sin ruptura, con un crecimiento silencioso, si la fase superior no estuviere ya contenida en la inferior, a título de presencia y de primicias? ¿Cómo podría aparecer lo nuevo si no estuviera ya incluido en lo antiguo? En realidad, estas tres fases son más bien tres aspectos del amor. Lo que varía, a través del tiempo, es la proporción de estos aspectos. Y, como en todo desarrollo, lo que es superior, terminal y final sólo pone de manifiesto el impulso y el germen del principio, hemos de volver a la idea de que la oblación está en el principio del amor, incluso en el gozo egoísta, incluso en la reciprocidad.

Hay, entre estas formas oblativas del amor, algunas paradójicas que nos invitan a una reflexión más aguda. Nos referimos a la actitud denominada continencia o virginidad. Continencia más bien para los hombres y virginidad para las mujeres, pues no hablaríamos de *una*

continente o *un* virgen, lo cual indica ya que el problema es diferente según los sexos.

No se debe concebir la continencia, que es una conducta propia del hombre y de la que el animal es incapaz a menos que se le obligue, como un estado que sólo concierne al cuerpo. Para la mentalidad primitiva, la castidad femenina es tan sólo un hecho material y constatable. El hecho de que la sociedad conceda más valor a la virginidad de la mujer que a la del hombre, se debe, en parte, a que esta prueba sólo es posible para la mujer. Para quienes piensan, la virginidad no tiene nada que ver con estos símbolos y accidentes. Sólo se puede comprender como un acto libre e interior por el cual un ser espiritual, en la plenitud de su conocimiento, renuncia al ejercicio del sexo por un tiempo o para siempre. Hemos de advertir que este acto no revestiría ningún valor moral, si sólo tuviera como motivo el temor de la carne, el miedo a las responsabilidades que nacen del amor y, en el caso de la mujer, el horror al hombre y a la maternidad. Adivinamos ya cuántas formas aberrantes de la virginidad pueden darse; menos numerosas que las deformaciones del amor, son quizá más insidiosas, a causa del velo de pureza bajo

el que se esconden a sus propios ojos. Las faltas contra el amor sexual saltan a la vista del que las comete y a menudo de quienes le rodean, pero las faltas contra la virtud de la fuerza, que se ampara bajo el nombre de virginidad, logran la estima, sobre todo en las sociedades de tipo cristiano, en las que se tienden a honrar la virginidad como tal, independientemente de su contexto interior y de las condenaciones de Jesús contra las vírgenes necias que no tienen en su lámpara el aceite de las buenas obras. Es el ser un *estado de oblación* lo que constituye la esencia de la actitud de virginidad. No es por el hecho de no conocer varón que se constituye la virgen, sino por la firme decisión de no querer conocerlo a fin de poderse ofrecer más plenamente a una vida espiritual, a la humanidad desvalida y que sufre, a la adoración del ser infinito. Los romanos ya no lo veían así: en la Vestal no honraban tanto a la virgen como a la sacerdotisa. Nosotros podemos compadecer a la solterona, pero nunca la veneraremos, si pensamos que se ha quedado en tal situación por despecho, por mala suerte y sin consentimiento. No emprenderemos ahora el estudio de la virginidad como el de un estado contrario al del amor, ni siquiera como un estado de renuncia total, como al que tiende a veces la tradición ascética. El

progreso de nuestro pensamiento nos lleva a considerarla como un estado en el que debe entrar el amor, si es verdad que el amor humano tiene también la oblación como principio y fin. La continencia debe pues relacionarse con él, incluso si las apariencias son contrarias. Y actualmente, no es extraño ver establecer nuevas relaciones entre la espiritualidad de la virginidad y la espiritualidad del matrimonio, penetrándose cada una de ellas, por una especie de ósmosis, de las virtudes de la otra. Recuerdo que, en una conversación en nuestros campo de prisioneros, un interlocutor casado decía a un sacerdote hasta qué punto el ideal del sacerdocio le había sido útil para comprender la significación del matrimonio, y el cura le respondió que nunca había comprendido mejor el amor de Dios que con el contacto de los esposos. Es una característica de nuestros tiempos el que parezca ahora conjugarse lo que antes se oponía, al menos en las cimas.